

Hacia una nueva teología con mirada de mujer

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA. FOTOS: JESÚS G. FERIA

Como sociedad, se nos llama a seguir vigilantes para consolidar la equidad en cada vez más ámbitos. Un reto que interpela a la Iglesia y a una nueva generación de jóvenes teólogas. Tienen menos de 40 años, han nacido en democracia y no dejan de hacerse preguntas. *Vida Nueva* recoge algunas de sus respuestas.

Marta Medina Balguerías, licenciada en 2019 en Teología en la madrileña Universidad Pontificia Comillas, ejerce como docente en el Departamento de Teología Dogmática y Fundamental del centro jesuita. Una labor pedagógica que compagina con el trabajo en su tesis sobre el concepto de paradoja en **Henri de Lubac**. Antes, se graduó en Filosofía, también en Comillas. “Al plantearme qué estudiar –cuenta–, me gustaban muchas cosas... Hasta que caí en la cuenta de que lo que me fascinaba era hacerme preguntas. Por eso entré en Filosofía”. Aunque el bosquejo de Dios estaba ya ahí: “Mis padres fueron misioneros y yo siempre he sido creyente. En ese camino de ir haciéndome preguntas, sentí que tenía que ir más allá para poder responderme. El paso a Teología fue algo natural”.

En la carrera, al igual que en la anterior, la mayoría de compañeros se preparaban para ser

sacerdotes y religiosos. Pero ser laica y mujer no ha sido un inconveniente para ella como docente e investigadora: “Siempre me he sentido aceptada y valorada por mis compañeros. Tal vez sea porque es algo recíproco y yo también les apoyo siempre. Apenas he tenido trabas o prejuicios. Y, cuando los ha habido, lo hemos arreglado con facilidad y hemos terminado amigos”.

No se siente parte de una nueva generación de teólogas, pero, por las experiencias que comparte con otras compañeras, Medina aprecia “una tendencia”. Y un camino en el que la condición femenina refleja una identidad: “Sin generalizar, muchas mujeres tenemos una especial sensibilidad para aterrizar las cosas y dialogar con la realidad actual desde un acercamiento vital a ella. Un pensamiento que no huye de la profundización, pero que, tal vez, es diferente del que alumbran muchos hombres y que es más analítico y organizado en áreas, a veces separadas entre sí. Nuestro pensamiento es más holístico, integral, en red, sintético y se traduce en una fe más relacional, menos abstracta y que no se desgaja de la realidad, sino que la abraza”.

“Por supuesto –enfatisa–, hay hombres que tienen esa sensibilidad más holística y mujeres

Son mujeres, tienen menos de 40 años y forman parte de una nueva generación de teólogas. Consagradas o laicas, no dejan de hacerse las preguntas que conforman una teología con sello propio. El reto es impulsar su voz dentro de la Iglesia y vencer los prejuicios que aún pueda haber.

que son más analíticas, pero creo que es una tendencia que podría caracterizar esa mirada femenina”. En ese sentido, “lo mejor es que son experiencias distintas y todos nos enriquecemos con esa diversidad de matices”. Algo que “sería bueno que se plasmase en el mundo académico, concretamente en los procesos de investigación. A veces, estos se rigen por un patrón algo masculino y tradicional, por un ‘esto siempre se ha hecho así’. Si nos abrimos a otras miradas, todos podemos crecer juntos”.





Marta Medina Balguerías, docente e investigadora en Comillas

» Y es que, si de algo está convencida Medina, es de que “lo que aporta es la variedad”. De ahí que sea más que positivo “aceptar que, en la teología, todos reflejamos de algún modo nuestra identidad; es decir, nuestra experiencia vital. No parte de la misma realidad una persona consagrada que alguien como yo, madre de dos hijos. Todas las miradas y matices aportan. En mi caso, mi identidad la construyen en parte mi condición de laica, mujer y madre”.

Un aunar sensibilidades en el que hoy despunta la Iglesia alemana con un Sínodo en el que todos (desde un obispo a un laico) cuentan por igual. ¿Es posible algo así en España? “Se están dando pasos, pero aún queda mucho. El gran reto es que todos los bautizados, y no solo los ministros ordenados, ocupemos el espacio que debemos en las comunidades, tanto en el desempeño de muchas tareas como en la toma de decisiones. Eso afecta a la cuestión de la mujer, donde aún queda mucho por recorrer, aunque va más allá, pues se trata de involucrar a todos, ya que hay muchos roles y tareas que solo asumen los ministros ordenados. La conciencia colectiva está abierta a ello, o eso aprecio en mis círculos. Pero aún falta mucho y se han de dar pasos muy básicos que concreten la responsabilidad que todos y cada uno de los cristianos hemos de asumir en la Iglesia”.

“A veces –cierra–, tenemos la sinodalidad en la boca, pero nos falta créernoslo. Tenemos que abrimos mucho más y no ir cada comunidad o grupo por su lado, con sus propias iniciativas, sin contar con el resto. Hemos de caminar de verdad con los otros. A la larga, por la falta de vocaciones, esto nos va a venir impuesto. Por eso sería bueno que supiéramos

adelantarnos y estemos preparados para trabajar juntos y aportar cada uno lo que debe en las comunidades cristianas”.

A la madrileña **María José García Calvo** todos la conocen como **Curín**. Religiosa de Jesús-María, hoy es misionera en Haití. Aunque mucho antes de abrazar tantas heridas nutrió su vocación vital y espiritual estudiando, en universidades civiles y eclesiales de toda España, varias disciplinas: Filología Hispánica, Educación Social, Filosofía y Teología. Una formación que compaginó con una intensa actividad dando clases de Religión en Secundaria, como educadora y animadora pastoral en un colegio mayor universitario y en la pastoral con personas migrantes.

Menos facilidades

“En las diversas facultades –cuenta–, la mayoría eran religiosos varones. Había pocas religiosas y casi ninguna laica. Lo que muestra también el tipo de Iglesia que tenemos, al menos en España. Normalmente, las religiosas tenemos menos facilidades para estudiar, ya que en seguida se han de combinar con las exigentes demandas de la misión y de la vida comunitaria”, lo que conlleva a veces realizar “auténticos malabares”.

Algo, a su juicio, equivocado: “Muchas veces, las congregaciones plantean el estudio de teología para que las personas en formación ‘consigan un título’ y den clase en un colegio. Es un gran error, pues la teología asienta la vocación cristiana y prepara para poder tener una palabra bien fundamentada en la Iglesia”. “Si las mujeres –reclama– queremos tener una palabra de autoridad en la Iglesia, hemos de formarnos. En el siglo XXI no podemos pretender vivir y proponer el Evangelio sin una buena cimentación en la propia fe”.

En su caso, compaginó su formación “con una vida de misión muy intensa”, lo que, además de un “fuerte esfuerzo”, también “me ha servido de contraste y de incentivo para unir teología y vida: teología y jóvenes, teología y feminismo, teología y migración, teología y ecología...”. García Calvo trata de “estudiar los dogmas a la luz del tiempo presente”. ¿Cómo? Desde estas preguntas: “¿En qué se traduce hoy esta enseñanza de la Iglesia? ¿En qué nos ayuda a comprender nuestra existencia? ¿Hacia dónde nos empuja como humanidad? ¿A qué nos estimula?... Como docente y agente de pastoral, mi máxima inquietud es intentar traducir al lenguaje de los jóvenes la propuesta cristiana”.

Algo cuyas entrañas ha abrazado en su misión en Haití: “En este reto de interconectar teología y vida, la realidad de la pobreza y la discriminación ha



sido una de las interpelaciones más grandes. Me interesa profundizar en lo que la teología puede decir a las personas que están en los márgenes, las descartadas, las últimas, las invisibles. Y, por ende, a toda persona que busca al Dios de **Jesús**, quien ha escogido situarse entre los más pobres, a quienes llama dichosos y donde asegura ya está el Reino”.

“Una teología –observa– que no alienta a una mayor humanidad y no aborda los problemas concretos de nuestro mundo es una teología vacía. Por eso, la teología está siempre en un estadio inacabado y penúltimo, lo que la hace profundamente interesante y retadora”. Se trata “de acercarse al depósito de la fe con las inquietudes, sensibilidades y desafíos del tiempo presente. De ahí que siempre esté abierta a la novedad, la creatividad y la sorpresa. Hacer teología es ir al

La teóloga Marta Medina en una de sus clases en la Universidad Pontificia Comillas

Misterio eterno, al fundamento de nuestra existencia, con los pies muy en la tierra y la mirada en el horizonte”. La religiosa percibe que “la teología en la que nuestra generación se mueve está muy en relación con otras disciplinas: filosofía, sociología, psicología, economía.... Otro rasgo es el deseo de enriquecer la propia mirada y proponer una teología más abierta a la Iglesia universal, a la diversidad del mundo, intentando superar una teología eurocéntrica y muy marcada por una visión androcentrista”.

Por ello lamenta que “ser mujer en la Iglesia y además ahondar en ella desde la teología es difícil. Es un momento histórico en el que ya hay un desfase demasiado grande entre lo que las mujeres vivimos a nivel social y lo que se nos posibilita en la realidad eclesial. Urge dar pasos adelante en lo que el Papa llama ‘una presencia de

las mujeres más incisiva en la Iglesia’... ¡Ya vamos muy tarde!”. Y es que “es doloroso ver una Iglesia paralizada que, en la cuestión de las mujeres, durante décadas no ha avanzado hacia una mayor igualdad”. De ahí la necesidad de un cambio que ante todo debe darse “por fidelidad al Evangelio”.

Tiempo de cambio

Con todo, este puede ser “un tiempo propicio. Los síntomas de una Iglesia patriarcal han estallado hasta límites que superan la ficción. Los abusos son un claro ejemplo. **Francisco** identifica el clericalismo como uno de los mayores lastres en la Iglesia. Se trata de establecer mecanismos y estructuras para ir generando una Iglesia de iguales donde no solo el clero tenga una voz autorizada. Desde la teología es el momento de ser críticas y propositivas. Las aportaciones de las teologías feministas son importantísimas. Sin olvidar iniciativas de base como la Revuelta de Mujeres en la Iglesia o el movimiento Voices of Faith”. Además, “la Iglesia ha de superar los roles y estereotipos tradicionales y trascender esa marcada visión esencialista en la que se sustenta un uso ilícito de las diferencias sexuales”. Ahí, “es fundamental que en los discursos se haga referencia a las mujeres como personas concretas y no a ‘la mujer’”.

Nomenclaturas aparte, lo esencial es “apoyar una teología plural y en búsqueda respecto del ser y del papel de las mujeres en la Iglesia. Por un lado, me interesan mucho las propuestas de las teologías feministas. Necesitamos esa mirada crítica de la realidad y esa revisión de la propia historia. A su vez, también me interesa profundizar en una antropología más unitaria e igualitaria, que revierta el peso >>



» de una antropología tradicional demasiado fundamentada en la diferencia sexual. El reto está en pasar de una antropología androcéntrica a una antropología humanocéntrica, que pretende captar la revelación de lo divino en lo humano integral”.

En su reflexión sobre esto ha detectado “que en la historia y actualmente en la Iglesia se ha hecho un uso ilícito de las diferencias sexuales, por las propias consecuencias que se ha extraído de dicha diferencia. Así pues, la diferencia se ha traducido en deficiencia para las mujeres”. En la lucha contra “estereotipos que limitan enormemente”, se muestra “especialmente crítica con el discurso del ‘genio femenino’, que no favorece la construcción de una Iglesia viva en la que hombres y mujeres podamos ser en plenitud. Si las mujeres hemos de participar en la Iglesia para aportar nuestra particularidad o un ‘no sé qué especial’, y no por nuestra igual dignidad de bautizadas, ¿qué cambios podemos esperar?”.

Su último planteamiento mira fijamente a los ojos a Jesús: “La asociación tan marcada que hace el Magisterio entre Cristo y ‘lo masculino’ está llamada a repensarse. Se ha de reconsiderar el que las mujeres también puedan actuar *in persona Christi (capitis)* –concepto por el que el ministro representa a la persona de Cristo–. El Magisterio, como sabemos con **Juan Pablo II**, cerró la cuestión, pero no podemos renunciar a exponerla a fondo. Son un logro algunos pasos dados con Francisco, pero, si no apuntan a valorar que hombres y mujeres somos igualmente dignos, también para representar a Cristo, son deficientes y no acaban con el fundamento patriarcal en el que se sustenta la Iglesia”.

Antonina Wozna, nacida hace 37 años en Polonia, llegó hace casi dos décadas a nues-

tro país. Doctora en Teología Fundamental y profesora en el Instituto Teológico de Murcia, recuerda que “el oficio de teóloga en España tendrá como mucho 50 años”. Ante la realidad de que hay “pocas generaciones que nos precedan”, se muestra agradecida con “las maestras: **Navarro, Bernabé, Bautista o Estévez**, cuyos logros han sido tan grandes que a una ni se le ocurriría pensar en un relevo generacional posible y maduro hoy en día, teniendo aún los ojos fijos en ellas, intentando ser su sombra y cuya cercanía marca cauces inexplorados de hacer la teología”.

Una excepción

“Las de nuestro tiempo –constata– nos conocemos prácticamente todas, señal de que somos una *rara avis* más que una generación. Ya me gustaría sentirme un linaje de teólogas que dejara una herencia”. Eso sí, señala “los rasgos más comunes” entre las nuevas teólogas: “Estar atomizadas, en la frontera y, tal vez, un poco domesticadas”. En su caso, su experiencia vital ha sido clave: “Nací en Polonia seis años antes de la caída del muro de Berlín y allí conocí la teología bajo la insignia de Juan Pablo II. Encontrarme con la teología en España a los 20-22 años me hizo ver el pluralismo que entraña la palabra ‘católica’ a nivel de pensamiento. Pero, en cuanto a la disciplina y práctica de género, seguimos en la Iglesia con el desfase que históricamente tuvimos con el reconocimiento civil y eclesial de los derechos humanos”.

También cree que en su caso tuvo un eco el hecho de dejar de ser religiosa y convertirse en laica (“en alguna asignatura, de repente, bajé dos puntos”), aunque, en general, no ha experimentado trabas en su formación teológica por ser

mujer: “Hubo episodios, como este comentario hasta gracioso: ‘Si quieres estudiar en el Biblicum, ya te puedes buscar a un marido rico’... Pero prefiero agradecer a quienes me han ayudado en el privilegio de poder estudiar teología y por la apertura mental de la comunidad teológica donde me encuentro”. De ahí que valore el camino sinodal en Alemania, que “está en la avanzadilla”, y ve alguna semilla en España: “Hay seminarios de mujeres y grupos parroquiales que, de algún modo, ensayan un itinerario al estilo sinodal. Sería muy refrescante que halláramos valentía y altura teológica

Arriba, Tere Rodríguez, de Regnum Christi. Abajo, Curin García Calvo, en Haití



episcopal suficiente por aquí para hacer surgir esta fórmula de debate en clima de discernimiento y paridad”.

En cuanto a si existe una teología en femenino, entiende que “la teología de la mujer ya se ha dado, pero se ha manipulado para que, con voz de mujer, sirviera de legitimadora del eterno femenino esencialista, haciendo flaco favor a la causa de la participación de las mujeres, en su totalidad, en la Iglesia. La teología feminista es una corriente de pensamiento que ofrece perspectivas más holísticas y equilibradas. Si bien incorpora la categoría de la experiencia, lo hace desde las mejores inspiraciones personalistas y hermenéuticas, en pos de toda la humanidad, no solo desde la perspectiva de su mitad hegemónica”.

“La mirada teológica –concluye Wozna– es una mirada específica a la realidad. No aflora por el hecho de ser mujer o varón, sino que es fruto de estudio y contemplación con rigor crítico y fe transformante de la realidad en la que, lamentablemente, se invisibiliza, reduce o trivializa a las mujeres”.

El último testimonio es el de la chilena **Tere Rodríguez**, directora de Jóvenes de Regnum Christi en Madrid. Laica consagrada y licenciada en Teología en San Dámaso, aclara que “no sé si me considero parte de una nueva generación de teólogas, sino más bien de la generación de mujeres que queremos ser principio activo de la Iglesia desde la teología. No pongo el acento en ser teóloga de esta generación, sino en el hecho de ser parte de las que hemos entrado al estudio teológico tomándolo en serio y creyendo que tenemos un papel importante en su desarrollo”.

Ahí percibe que “uno de los rasgos que nos define es esa conciencia de poder aportar a

la teología ese aspecto femenino particular. La mujer, con su empatía, capacidad de escucha y ese dar importancia a las cosas concretas que afectan a quien tiene delante, puede dar a la teología un matiz existencial y personal; una respuesta que el mundo de hoy necesita urgentemente”.

Salir del círculo

En este punto, Rodríguez llama a la apertura: “A veces la teología queda reservada a unos pocos que la estudian, la discuten y la disfrutan, olvidando que esta se estudia para todos y no es simplemente una ciencia cerrada a un círculo que la comprende, sino que está llamada a hacerse accesible, para así hacer accesible el Misterio de Dios a tantos que lo buscan”.

Por eso considera “fundamental el continuar desarrollando esa teología en femenino, aunque el riesgo, como en todos los ámbitos, es contraponerla a la teología estudiada hasta ahora, como si una de las dos siempre estuviera por encima de la otra. No se trata de superación, ni siquiera de igualdad. El prisma correcto es el de la complementariedad. Lo que aportamos unos y otros es diverso y así nos enriquecemos mutuamente. El reto está en abrimos al otro y no verlo como amenaza, sino como alguien que puede, con su perspectiva distinta, hacer brillar más mi punto de vista”. “La hondura teológica –abunda– que aporta lo femenino hace que la reflexión avance y profundice en perspectivas a las que, sin ella, no habría llegado”.

Eso sí, “no siempre ha sido fácil entrar en este camino del estudio teológico, tantos años reservado solo a los hombres. Al principio, muchos cuestionaban mi decisión, directamente o de modo sutil, por considerarla un capricho sin futuro y



Antonina Wozna, profesora en el Instituto Teológico de Murcia

que poco serviría de cara a la misión. ¿Para qué estudiaba teología una laica consagrada? Si habitualmente hay un sacerdote a quien acudir y que resuelve con más autoridad las cuestiones que se plantean... Pero, con los años, he ido viendo cómo el hecho de estudiar teología hace que los mismos que me cuestionaban me consideren una interlocutora ‘válida’ ante diversos temas que antes no me habrían planteado”.

“No digo esto –concluye– como un reproche, pues la Iglesia está caminando hacia dar a la mujer el lugar que le corresponde. Es verdad que esto sucede con mucha más velocidad en el mundo que en el ámbito eclesial. Pero en ese camino de reflexión lenta y pausada, propia de la Iglesia, que va madurando al paso de los años dejándose apelar por el mundo y por las circunstancias, aunque sin equipararse a ellos como si de una carrera se tratara, veo sabiduría y no inmadurez”.